

Lozano González, Wenceslao Carlos (2006). *Literatura y traducción*. Granada: Universidad de Granada, Collectanea nº 51, 332 pp.

Reseña de Joëlle Guatelli-Tedeschi
Universidad de Granada

El libro que firma el profesor Wenceslao Carlos Lozano se presenta como la recopilación de trece artículos publicados a lo largo de más de quince años en revistas especializadas de distintos países, a los que se añaden tres inéditos. Se trata pues de dieciséis textos que dan fe de una labor de investigación de largo aliento y de gran coherencia que encuentran, al abrigo de su título dual, una unidad que las publicaciones aisladas de cada una de las piezas no permitían vislumbrar. El libro está en efecto dividido en dos bloques, una primera parte que versa sobre literatura (9 textos) y una segunda sobre traducción (7 textos). Cada parte engarza con precisión presupuestos teóricos y ejemplificación práctica y gira en torno a un tema que sirve de eje al resto de los textos. Para el bloque de literatura, su punto álgido, no cabe duda, es la autobiografía y para la traducción nos parece ser el principio de empatía, lo que permite —por lo mucho que tiene que ver un concepto con el otro—, establecer entre ambas partes una continuidad que vertebrada el conjunto.

En efecto, *Literatura y traducción* es un conjunto vertebrado. Podría ser un mero florilegio de artículos mejor o peor hilvanados, especie de cajón de sastre, interesante como muestrario mas sin cohesión ni coherencia. Pero, es demasiado fino el autor, y perspicaz como para no hacer que cohesión y coherencia, que son exigencias de toda buena traducción y crítica literaria, se vean espejadas asimismo en este libro, que da fe de una doble labor de exégeta y traductor. El libro, como obra bien ponderada, no decepciona, aparece sólida y sabiamente tramada a imagen y semejanza de las actividades académicas y profesionales que el profesor Lozano lleva a cabo de forma pareja y acompañada. Y decir esto tiene su importancia, si tenemos en cuenta que todo traductor es ante todo un perfecto lector y crítico de los textos leídos, y que la pulsión traductora suele nacer, las más de las veces, en el campo de la traducción literaria, de una lectura profunda y empática. *Literatura y traducción* es pues, desde el mismo título, promesa de relación armoniosa que anticipa una lectura fecunda.

Así pues, una de las virtudes del libro es que el lector no se encuentra ante lo que podría ser la mera retrospectiva autocomplaciente de un investigador celoso de subsanar una deficiencia divulgativa al reunir sus artículos dispersos, sino, más bien, ante algo que se asemeja al balance de un profesional que, en base a elementos inconexos en apariencia, logra componer su figura de intelectual en pos de una verdad que no se circunscribe tan sólo a la penetración hermenéutica o a la excelencia traductora. Si la primera parte se centra en la autobiografía es, en efecto, una especie de autobiografía intelectual la que se nos viene dando a lo largo de estas páginas. La fecunda conexión que menciona el profesor Lozano entre niñez y adultez y que

la autobiografía ilustra, aquí se ve reflejada en el fértil vínculo entre literatura y traducción, siendo la primera, fuente determinante de este impulso traductor que Lozano ha convertido en ejercicio intelectual riguroso y actitud vital exigente. Por otra parte, la posición física, la ubicación en la geografía universitaria de un profesor de filología francesa que da sus clases en la Facultad de Traducción e Interpretación, muestra las obvias y enriquecedoras relaciones transfronterizas entre ambos campos lingüísticos de las que estos trabajos son una muestra muy ilustrativa. Demasiadas tensiones han surgido a lo largo de tantos años de una no siempre fácil convivencia entre Filología y Traducción, para que no quepa subrayar el feliz *maridaje* que Lozano nos evidencia aquí.

Un aspecto interesante y atrevido de este libro es la variedad, tanto en los temas como en los tonos. En la primera parte, los asuntos tratados y focos de interés parecen a primera vista algo laberínticos; al lado de temas nítidamente literarios que parecen apostar por una crítica de puro cuño universitario (“El realismo social de Charles Sorel: una lectura crítica” o “Una novela cuántica de Gregorio Morales”), otros atemperan esta puridad crítica que podría mermar el credo divulgativo que proclama el autor en su nota preliminar, y se abren a asuntos de política e historia (“El debate anarquistas-comunistas en *La esperanza* de André Malraux”), de religión (“La expresión religiosa en la narrativa de Yasmina Khadra”), de sociedad y de moral (“El terror según Camus”). En la segunda parte, nos topamos con un muy similar eclecticismo que nos ofrece tanto un estudio sobre las metáforas zoomórficas en la narrativa de Yasmina Khadra, como una reflexión sobre los avatares del pensamiento traductor de Madame de Staël, o un caso de restitución cultural a través de la traducción que hiciera Salinas de *Les bestiaires* de Montherlant, para acabar en “Traducción y migración de voces” con una reflexión sobre lo moral del acto de traducir en la sociedad pluricultural que está naciendo hoy día. A esta variedad temática va unida una variedad de tonos que recoge lo docto, lo profesoral, lo trágico, lo jocoso, lo ético y grave sin ser jamás sentencioso. En realidad esta variedad, que procede en buena parte de la naturaleza misma de una recopilación, no nos parece defecto sino más bien virtud del libro. En cada uno de los artículos existen vinculaciones que los traban con otros dentro del libro, estableciéndose de esta manera una trama de conexiones que permite al lector entender mejor lo que leyó anteriormente, y que va más allá de la simple ejemplificación de las teorías expuestas. En efecto, a este esfuerzo de cohesión estructural que se revela al lector atento, se añade un principio rector del libro (y diríamos de la actividad intelectual de su autor) que es la dimensión ética, de raigambre camusiana, que lo anima. A la inversa de lo que Mme de Staël decía de los italianos, que se complacían en las palabras sin atreverse a acercarse a las ideas (270), Lozano no se acantona en el invernadero de las especies más delicadas y específicas de la crítica o de la traducción, sino que va, cabal y tranquilamente, al terreno de las ideas. De hecho, más allá de la materia misma de cada artículo, la selección de los personajes literarios sobre los que se centra el estudio tanto traductológico como literario, revela el deseo discreto aunque tajante de mostrar mentes

hermanadas por una penetrante mirada crítica, un hondo deseo de libertad y rechazo a cualquier tipo de tiranía, una búsqueda afanosa de responsabilidad moral que lleva a hacer uso de la pluma para la denuncia y la exigencia de verdad. Sin necesidad de que coincida el autor con el credo ideológico de todos los que trata, en todos encuentra una veta que lo predispone a prestarles oído atento. Camus y Malraux, pasando por Audiberti, o quizá más sorprendentes pero igualmente interesantes, Madame de Staël o Montherlant, para llegar al que ocupa el corazón de una y otra parte, el escritor francófono argelino Yasmina Khadra, en su dimensión trina de hombre de acción, de escritor y de moralista. Se tiene la sensación de que el divulgador, ecuánime y nada polemista, ha cristalizado su interés por la polémica —polémica que pone de relieve con cierto deleite en Mme de Staël—, de forma sugestivamente encubierta en la selección de sus autores. Así y todo, creemos que el libro hubiese ganado todavía más coherencia de haberse colocado, a modo de articulación, los textos sobre Yasmina Khadra al final del bloque literario ya que forman una transición pertinente entre una y otra parte. En ellos se aprecia cómo la penetración crítica, el goce literario y la coincidencia ética provoca la pulsión que mueve al traductor empático —del que largo y tendido se habla en el libro— a comprometerse con un autor, culminando así una misión de mediación interlingüística e intercultural. Estos artículos sobre el atípico oficial argelino que combatió con pluma vitriólica y nombre de mujer la corrupción del FLN y el fanatismo integrista, y cuya trilogía fundamental ha traducido Lozano (*Morituri, Double blanc, L'automne des chimères*), forman una especie de hilo rojo que de una a otra parte deja correr a la par que la linfa de la reflexión académica, la hemoglobina de la implicación ética.

Ahora bien, lo que quizá más interesará del libro es lo que ostenta de calidad divulgadora. Si el autor, así como lo afirma en su *Preliminar*, quiso subsanar una deficiencia divulgativa, creo que logra con creces su objetivo ya que no sólo da a conocer su labor de campo como crítico literario y traductólogo sino que al mismo tiempo permite un acercamiento pausado y pausado al meollo de los problemas teóricos aquí planteados. El alumno de traducción e interpretación, al igual que el de filología, tendrá en estos artículos una puerta de entrada cómoda y generosa al mundo intrincado de la crítica, y una introducción límpida al pensamiento de algunos autores claves que le permitirá dar el salto, pisando firme, hacia los textos aquí evocados. Textos cuyas citas, bien escogidas y altamente sugestivas, cumplen con su función no sólo de ilustrar las palabras del autor sino también de dar muestra del interés de los textos de las que han sido disgregadas. En cuanto al estudioso, tendrá ocasión de remozar conocimientos y reflexionar sobre un entramado teórico que no cesa de abrir nuevos horizontes. El profesor Lozano propone, en efecto, tanto en la parte literaria como en la traductológica, artículos de índole teórica que son de gran valía por su claridad expositiva y caudal conceptual y que señalan puntos ricos de disensión sin jamás caer en la beligerancia. Para volver sobre lo que señalábamos antes, el autor no es para nada como Mme de Staël, cuyas ideas sobre traducción expone y traduce (*De l'esprit des traductions (1816) de Mme de Staël: avatares*

de una reflexión sobre traducción”), no quiere emularla en su talante polémico, sino guardar, con el tono apropiadamente comedido y objetivo del divulgador, una posición equilibrada que le permite al lector enterarse de las propuestas teóricas y hacerse su opinión, aunque sepamos por donde se inclina siempre el divulgador. El estilo es pulcro, preciso, magro y a la vez sustancioso, sin ninguna clase de innecesarios adornos retóricos y da un feliz sentido de la progresión y de la proporción entre visión global y análisis pormenorizado del detalle significativo. El lector especialista, docente o estudiante, pero incluso el lector culto y curioso, se encuentran ante una erudición sin ostentación, fruto de unas lecturas muy asimiladas y confrontadas que le permiten al autor sacar con sorprendente soltura lo esencial de cada autor o escuela de pensamiento mencionados, para ofrecer un compendio claro que será firme punto de partida de futuras pesquisas por parte de quien quiera indagar el tema más allá de lo aquí presentado. Tanto el estado de la cuestión sobre la autobiografía en la primera parte, como el excelente recorrido que se hace de los problemas fundamentales vinculados a la traducción literaria en la segunda parte —los dos textos críticos fundamentales del libro— son de muy beneficiosa consulta para refrescar conocimientos y ampliarlos. En la vertiente práctica de la segunda parte, la alacridad y alegría de traducir de quien mucho ha traducido (basta mencionar además de Khadra, a Benjamín Constant, Max Gallo, Alain Montcouquiol o Patrick Besson, entre otros), revelan a un traductor reflexivo, imbuido en la teoría sin que por ello se le haya secado esta espontaneidad traductora nacida de la intuición y la empatía. Excelente botón de muestra es el gozoso, feliz y distendido artículo sobre la metáfora zoomórfica en Khadra, donde el traductor se regocija y divierte, apela al juicio del lector, se descubre en sus propuestas con algo de golosa satisfacción.

Nos centraremos ahora en la segunda parte, que nos atañe aquí prioritariamente. No procede repetir lo que de forma tan diáfana refleja el crítico. No nos proponemos llevar a cabo de forma pormenorizada un recorrido muy bien trazado por el profesor Lozano y que da fe de lo compleja y rica que es la reflexión traductológica. Mal toleraría un resumen apresurado un libro que es en sí otro resumen de las indagaciones más cimeras y destacadas sobre traducción literaria. Con todo, una rápida ojeada a los temas tratados y a algunos de los planteamientos nos permitirá —conforme a esta idea que nos parece evidente de que este libro es una autobiografía intelectual y traductora— dar fe de algunos de los posicionamientos del profesor Lozano. Los tres primeros artículos “Traducción literaria y teoría de la traducción”, “La empatía y su figuración en la teoría de la traducción literaria” y “La traducción literaria desde algunos postulados teóricos de la lingüística textual”, conforman con sólido despliegue bibliográfico (principalmente europea y americana) una relectura de la memoria teórica y vuelven sobre las grandes preguntas que ha suscitado la traducción literaria, a saber *posibilidad e imposibilidad, literalidad y libertad*, interrogantes fundacionales que todavía fecundan la indagación traductológica. Lozano evoca con precisión y citas sabiamente contextualizadas, posturas extremas como la famosa “objection préjudicielle” de Ladamiral o “el negativismo serio y argumentado”

de Santoyo, plantea la famosa disyuntiva entre universalidad del espíritu humano y particularidad irreconciliable de individuos y sociedades, señala que la imposibilidad de la traducción se vincula a la idea de la unicidad del texto, y reconoce que este debate excesivamente teórico no lo convence en demasía, siendo hoy la postura más difundida aquella que admite una traducibilidad “hasta cierto punto, y dentro de unos determinados límites” (200). Del mismo modo, después de plantear el viejo problema en torno a si la traducción es o no una ciencia y repasar reflexiones teóricas (reflejando de paso las etapas descritas por Ladmiral para dar cuenta de la evolución de la traductología), acaba rehuyendo toda respuesta tajante y subrayando que lo cierto es que “la teoría sigue estando disociada de la práctica, que se sigue haciendo de forma individual y autodidacta como se ha hecho desde el principio de los tiempos, siendo la experiencia personal obtenida en el tajo la mayor garantía de éxito en este campo del saber” (203-204). El profesor Lozano, a partir de esta posición realista y equilibrada, se aleja de los traductores literalistas para acercarse a quienes privilegian la funcionalidad y el dinamismo del sentido y la macroestructura del texto. Se enfrenta a esa “manzana de la discordia” que es la noción clave de *fidelidad* desde esta postura teórica que privilegia el todo antes que la parte y el contexto solidario antes que la palabra aislada y desvitalizada. Si bien los dos extremos de *traducción literal* y *traducción libre* han sido pendularmente privilegiados según las épocas, el autor afirma que en realidad no cabe teoría general que dé cuenta de cómo hay que traducir para ser fiel a un texto, pero sí apunta que hay problemas puntuales que requieren una aproximación teórica específica, dando así razón de ser a la multitud de artículos que circulan en el ámbito académico especializado y que pueden servir de mucho en determinadas ocasiones. Esto justifica además los artículos donde nos ofrece muestras de su propio quehacer traductor, ello a partir de premisas teóricas que remiten a algunos de los problemas más importantes de la traducción literaria: el elemento extralingüístico, la connotación y sobre todo el proceso creativo por parte del traductor. De hecho gran parte de la indagación teórica de Lozano reposa sobre su visión del traductor como “creador de un texto y recreador de un sentido” (212). El traductor-autor (aunque lo sea de *segundo grado*) debe exponerse al dilema de la elección entre rescatar fondo o forma, elección en la que intervienen criterios lingüísticos, estilísticos, pragmáticos, estéticos y culturales, sin olvidarse de este criterio muy subjetivo y tan acientífico que es la “intuición”, aprehensión confusa y luminosa señalada por García Yebra (217), y que permitirán al traductor expresar de manera distinta lo que viene en el texto original para de tal guisa rescatar la intención del autor original.

Centra asimismo su atención en el concepto de *empatía*, surgido en el siglo XIX (Robert Vischer) y cuya hermenéutica traductológica quedó asentada por François Wuilmart y André Dussart. La capacidad de identificación y de coincidencia con otra persona, o sea el conocimiento profundo de la obra y personalidad de un autor al que se traduce por afinidad electiva, puede incidir poderosamente en la operación traductora, demostrándose que la teoría de la traducción no sólo se limita a un trabajo

sobre la lengua o la competencia lingüística sino que debe asumir, como Dussart lo recalca, que “el discurso sugiere, evoca, insinúa, sobreentiende, filtra, oculta y disimula tanto como designa, describe y define” (230). La mediación empática ha sido expresada tropológicamente de manera muy diversa a lo largo de los siglos y Lozano, que consagra interesantes páginas a la evocación de algunas de estas metáforas, señala la importancia de tener en cuenta esta “bulimia metafórica” para poder recopilar, clasificar y analizar los tropos con vista a asentar una teoría general e integradora de la traducción, tanto más cuanto que muchos son los traductores que piensan que la traducción resuelta intuitivamente suele dar mejores resultados que la estrictamente basada en procedimientos técnicos (230). La relación empática que interesa a Lozano (que aboga por erradicar del vocabulario del traductor el término *intraducibilidad*) se ubica en el campo acotado por Fortunato Israel de *equivalencia funcional*, por la que en esta “dialéctica entre lo mismo y lo otro” no se busca una relación de identidad sino una *apropiación* basada paradójicamente en la transgresión. La empatía no es compenetración entusiasta y pasiva que conduce al calco sino comprensión y acogida de lo extraño —y por ende enriquecedor— que ofrece el texto que hay que interpretar y restituir con soluciones que ensanchan y profundizan la lengua y cultura de acogida.

En línea con estas preocupaciones, Lozano bucea en la lingüística del texto, que ofrece la concepción de una función global del texto como acto comunicativo cuya complejidad debe desentrañar el traductor para hacer llegar al lector el efecto buscado por el original. Se detiene en el concepto clave de *equivalencia traductora*, íntimamente vinculado al de *funcionalidad* en el sentido de que dos textos sólo pueden ser equivalentes si sus funciones también lo son. La equivalencia traductora (ajuste entre texto origen y texto meta) le parece muy claramente expuesta por la transléctica de la escuela de León, al presentarse como noción dinámica, establecida a partir de coordenadas comunicativas y cuyo fin último, como dice Rosa Rabadán “no es conseguir la versión correcta, sino actualizar una versión equivalente que sea aceptable en el polisistema meta” (248). Por fin, Lozano indica la operatividad de determinados parámetros que la lingüística textual ofrece al traductor para afinar su comprensión del texto por traducir y apuntalar su recreación, como son: la *intertextualidad*, la *intencionalidad*, la *aceptabilidad*, la *situacionalidad*, la *cohesión* y la *coherencia*. Ilustra tal operatividad con ejemplos sacados de su traducción de *Ma vie* de Benjamín Constant, dando fe de que la teoría sí puede ayudar y sostener la práctica cuando los instrumentos proporcionados han sido claramente asimilados.

Para concluir diremos que, más allá de todo lo dicho, quizá sea en el espíritu hondamente humanista del autor donde este libro encuentre su máspreciado latir, porque detrás de un título tan descriptivo como aséptico, *Literatura y traducción*, lo que se nos ofrece es un palpitar que traiciona, en un profesor universitario que no escatima las virtudes académicas propias de su quehacer intelectual, la peculiar devoción que anima al hombre preocupado, más allá de sus asinaturas, por la gran asinatura pendiente de la traducción, la que dé cuenta de “la voz coral de la

humanidad”, que es “la que hay que preservar en la cultura plural que aspiramos a construir” (323).

Campos Plaza, Nicolás A. y E. Ortega Arjonilla (2005). *Panorama de Lingüística y Traductología*. Granada: Ediciones de la Universidad Castilla-La Mancha/Atrio, 811 pp.

Reseña de Esperanza Alarcón Navío
Universidad de Granada

Echábamos en falta una obra que, en el horizonte de la lingüística y de la traductología, recogiera las aportaciones más significativas dentro del ámbito francófono e hispanohablante con una dimensión didáctica y práctica ilustrada mediante ejemplos en francés-español y español-francés.

Esta obra es una muestra más de la colaboración entre Nicolás Campos Plaza y Emilio Ortega Arjonilla, que ya cuentan con otros trabajos de investigación desarrollados durante años y actualizados con motivo de esta publicación. La amplia experiencia académica y profesional de ambos les permite abarcar tanto la lingüística francófona como la traductología francófona e hispanohablante en un volumen que contiene una honda visión sobre el estado de la cuestión.

En el preámbulo, los autores parten del convencimiento de que es imposible entender el panorama actual de los estudios lingüísticos y traductológicos “sin detenernos en el estudio de las escuelas y/o tendencias que han tenido su origen en el mundo francófono y/o hispanohablante”. El subtítulo, *Aplicaciones a los ámbitos de la enseñanza del francés/ lengua extranjera y de la traducción (francés-español)*, anuncia la importancia atribuida a las aplicaciones de ambas disciplinas a la enseñanza del francés como lengua extranjera, por un lado, y a la enseñanza de la traducción francés-español, por otro. Desde un enfoque traductológico de naturaleza comunicativo-hermenéutica, Campos y Ortega dan cuenta de los distintos aspectos que configuran el desarrollo de la traductología actual. Con paso firme, nos guían por los meandros del mundo de la traducción y de la traductología dentro del ámbito francófono mostrando la diversidad conceptual propia de nuestro campo. Los autores se suman a las consideraciones teóricas de Z. Lvóvskaya al querer ir más allá de la teoría general de la traducción o de la didáctica general de la traducción:

(...) hay que recurrir a la formulación de teorías particulares de la traducción (en función de campos temáticos o de combinaciones lingüísticas específicas) y a la formulación de didácticas particulares de la traducción (distinguiendo entre combinaciones lingüísticas y/ o ámbitos especializados de aplicación traductológica). (p. 484)